

obscuridades, que pudiesen darnos motivo de que nos engañásemos, y que favoreciesen à las mismas pasiones que habia venido à combatir. Las leyes humanas pueden muy bien estar sujetas à estos inconvenientes; como el entendimiento del hombre, que es quien las ha inventado, no puede preveerlo todo, tampoco puede precaver todas las dificultades que pueden algun dia ocurrir en el espíritu de los demás hombres acerca de la fuerza de sus expresiones, y de la misma naturaleza de sus reglas. Pero el Divino Espíritu, que es el autor de las santas reglas que se proponen en el Evangelio, ha prevenido todas las dudas que podia oponer à su ley el espíritu humano; ha leído en el corazon de todos los hombres futuros las obscuridades que podia esparcir su corrupcion sobre la naturaleza de sus reglas; por eso las dispuso de un modo tan divino y tan inteligible, tan sencillo y tan sublime, que tanto los mas ignorantes como los mas doctos no pueden menos de conocer en ellas su voluntad, y los caminos de la vida eterna.

Es verdad que los incomprehensibles mysterios de la fé se ocultan baxo unas sagradas obscuridades; pero las reglas de las costumbres se hallan claras y manifiestas en esta divina ley; en ella se ven con evidencia las obligaciones, y no hay cosa mas clara ni menos equivoca que los preceptos de Jesu-Christo: Y à la verdad, era muy necesario que estas reglas fuesen claras y perceptibles, pues en el principio solamente fueron anunciadas à unos discipulos rusticos, y en las aldeas de Judea; y el Sermon que predicó Jesu-Christo en el monte, en el que están incluídas todas las reglas de las costumbres de un modo tan sublime y celestial, no tuvo mas oyentes que aquella plebe rustica, que habia seguido à Jesu-Christo al desierto.

No quiero decir, Católicos, que no puedan ocurrir algunas dudas y dificultades acerca de las obligaciones en algun caso particular; que la concurrencia de

mil

mil circunstancias diferentes no pueda de tal modo obscurecer la regla, que algunas veces puedan equivocarse aún los mas doctos; ni que todo se halle de tal modo decidido en el Evangelio, en orden à las infinitas obligaciones de los estados y condiciones, que alguna vez no se pueda padecer engaño.

Pero digo (y os suplico que aténdais à estas reflexiones, porque me parecen de extrema importancia, y encierran en sí todas las reglas de las costumbres) digo primeramente, que si la letra de la ley está algunas veces dudosa acerca de algunos casos particulares de las obligaciones, nunca lo está su espíritu: Que siempre se conoce suficientemente à qué parte se inclina el Evangelio, y ácia donde nos guia la analogía y el espíritu dominante de sus maximas; digo que estas se explican mutuamente unas à otras, y que todas se dirigen à un mismo fin; que son como otras tantas luces que se reúnen todas en un mismo punto, dando un resplandor tan grande, que es imposible el engañarse; que hay algunas reglas principales, las que sirven para resolver todas las dificultades particulares; y finalmente, que si alguna vez puede la ley pareceros equivocada, la intencion del Legislador, que es por donde la debemos interpretar, nunca deja lugar à la duda ni al engaño.

Y así quisierais saber, v. g. vosotros los que vivis en la Corte, en donde la ambicion es como la virtud de las personas de vuestra clase, ¿quisierais saber si es delito el desear con ansia los honores y prosperidades de la tierra; el no estar jamás contento con su estado; el querer adelantar continuamente; el ordenar todos los medios à este fin, y emplear en esto toda la vida? Pues la ley os responde que vuestro corazon debe estar donde se halla vuestro tesoro, esto es, en el deseo y en la esperanza de los bienes eternos, y que el christiano no es de este mundo; y así en este punto vosotros mismos podeis resolver la dificultad.

Tomo VI.

D

Pre-

¿Preguntáis si el continuo juego, las diversiones, los espectáculos, y otros muchos placeres que tan inocentes parecen á la vista del mundo, se deben desterrar de la vida christiana? pues en la misma ley se os responde que son bienaventurados los que lloran, y que son infelices los que rien, y reciben su consuelo en este mundo: Seguid el espíritu de esta regla, y caminad al fin á que os guía.

¿Deseáis saber si habiendo de vivir en el mundo debéis vivir como el mundo: Si en nosotros es indiscrecion condenar á casi todos los hombres que viven como vosotros, y si para servir á Dios es necesario afectar unas singularidades que os hacen ridiculos á vista de los demás hombres? A esto se os responde, que no debéis conformaros con este siglo corrompido, que no es posible agradar á los hombres, y ser siervos de Jesu-Christo, y que la multitud es siempre el partido de los reprobos: ¿Puede estar mas clara la respuesta?

Dudáis si despues de haber perdonado á vuestro enemigo, estais tambien obligados á tratarle, á servirle con vuestros bienes y con vuestra autoridad; ¿y si no será mas justo el reservar vuestras gracias y preferencias para vuestros amigos? A esto se os responde: llenad de beneficios á los que han querido haceros mal; hablad bien de los que os calumnian; amad á los que os aborrecen; reflexionad el espíritu de este precepto, y decidnos si no derrama sobre vuestra duda una luz que inmediatamente la aclara y la disipa.

Finalmente, proponed las dudas que quisieseis acerca de las obligaciones, siempre os será facil decidir las, valiendos del espíritu de la ley, quando no esté clara la letra, porque la letra mata, como dice el Apostol; esto es, contenerse dentro de sus limites, no tener por obligacion mas que aquello que está literalmente explicado, no pasar mas adelante en el espíritu que vivifica, es ser como los Judíos, y quererse engañar á sí mismos.

Y así, católicos, quando nosotros condenamos tan-

tos abusos, como os estais permitiendo sin escrupulo, no nos digais que el Evangelio nada dice en este particular; porque el Evangelio todo lo dice al que quiere entenderlo; el que ama la ley de Dios no halla duda alguna en el Evangelio; para todo halla respuesta en él, el que solamente desea instruirse, y aún pasa muy adelante, y dice tanto, que sin detenerse en arreglar ciertas menudencias, arregla las mismas pasiones; sin circunstanciar todas las acciones, reprime las inclinaciones que son su raíz; y sin ceñirse á ciertas circunstancias exteriores de las costumbres, nos propone por reglas de obligacion la abnegacion de nosotros mismos, el aborrecimiento al mundo, el amor á los trabajos, el desprecio de las cosas percederas, y toda la extension de sus maximas de cruz: Primera reflexion.

Digo en segundo lugar, que vuestras dudas acerca de las obligaciones no provienen de la obscuridad de la ley, sino del amor que aún tenemos á nuestras pasiones; que las almas mundanas son las que hallan mas estorvos y obscuridades en las reglas de las costumbres; que nada parece claro á los que quisieran que todo fuese obscuro; que todo parece dudoso á los que tienen interes en que haya dudas; digo pues, con San Agustin, que la buena voluntad por sí sola basta para dar inteligencia á los preceptos; que no se conocen bien las reglas y las obligaciones, sino quando se tiene amor á ellas; que no se llega á la verdad, sino por medio de la caridad, y que el sincero deseo de salvarse es la mejor solucion de todas las dificultades; digo que las almas fieles y fervorosas casi nunca tienen que oponer á la ley de Dios, y que sus dudas mas son piadosos sustos acerca de las acciones santas, que pretextos ni dificultades para autorizar las profanas.

Los hombres no supieron dudar acerca de las reglas de las costumbres hasta que quisieron acomodarlas á sus injustas pasiones: Todas las decisiones eran claras para

los primeros fieles; no vemos que en aquellos felices siglos tuviesen los primeros Pastores de la Iglesia que desatar muchas dificultades en punto de las circunstancias de las obligaciones; los inmensos volumenes, en que se deciden las dudas con infinitas resoluciones, nacieron con la corrupcion de las costumbres; segun fueron los fieles teniendo mas pasiones que satisfacer, tuvieron tambien mas dudas que proponer; ha sido preciso aumentar muchos volumenes para resolver las dificultades que ha formado solamente la sensualidad, siendo unas dificultades que estaban ya resueltas en el Evangelio, y acerca de las quales, en la primera edad de la fe hubiera sido escandalo el atreverse á dudar; en nuestros siglos, mas disolutos aún que los antecedentes, se han visto crecer y multiplicarse hasta un numero infinito unos enormes volumenes de casos y resoluciones; en ellos se hallan establecidas como problemas las reglas mas incontrastables de la moral de Jesu-Christo; no hay precepto acerca del qual no haya propuesto dificultades la corrupcion, y para el que no haya hallado mitigaciones una falsa ciencia; todo se ha disputado, todo se ha controvertido, y todo se ha puesto en duda; hemos visto al espiritu del hombre burlarse del Espiritu de Dios, y substituir doctrinas humanas á la doctrina que Jesu-Christo nos trajo del cielo; y aunque no es mi intento condenar á todos aquellos hombres piadosos y doctos que trabajaron tan gran cúmulo de decisiones, hubiera sido mejor que la Iglesia se hubiera pasado sin su socorro; y no puedo menos de mirarlos como remedios que se han convertido en heridas, y como tristes frutos de las necesidades del tiempo, de la depravacion de las costumbres, y de haber perdido la fuerza la verdad entre los hombres.

Las dudas, pues, acerca de las obligaciones nacen de la corrupcion de nuestro corazon, que de la obscuridad de las reglas. La luz de la ley, dice S. Agustin, se parece á la del Sol, que por mas que luzca, brille y

res-

resplandezca, de nada sirve al que está ciego: Todos los pecadores están ciegos, tienen la luz cerca de sí, la rodea, los penetra, entra por todas partes en su alma, pero ellos siempre están lejos de la luz: *Præsens est illi, sed cum cæco præsens est.* Purificad vuestro corazon, continúa este Santo Padre, quitaos la funesta venda de las pasiones, y entonces vereis con claridad vuestras obligaciones, y se aclararán todas vuestras dudas: *Removeantur iniquitates, sanetur quod saucium est, levetur pondus ab oculo, præceptum Domini lucidum.* Y así estamos viendo todos los días, que quando una alma movida de la gracia empieza á tomar medidas seguras para la eternidad, descubre entonces mil verdades que antes se habia disimulado á sí misma; segun se van minorando sus pasiones, se aumentan sus luces; se admira de haber podido estar ciega tanto tiempo acerca de unas obligaciones que entonces parecen tan evidentes y claras; y en vez de tener necesidad el sagrado Director de arguirla, y defender contra ella los intereses de la ley de Dios, necesita valerse de toda su prudencia para ocultar, por decirlo así, á esta alma arrepentida, toda la extension y los terrores de las santas verdades; necesita sosegarla acerca del horror de sus pasados desordenes, y templar los temores en que la precipitan la novedad y el pasmo de sus luces. Esto sucede, no porque reciban nueva claridad las reglas, sino porque el alma se desembaraza, y sale de sus tinieblas; no porque la ley de Dios adquiera mas evidencia, sino porque los ojos del corazon se abren para recibir su claridad. En una palabra, el pecador, y no el Evangelio, es quien se muda.

Otra prueba de la verdad que propongo, católicos, es que en aquellos puntos de la ley, en que no nos ciega ninguna pasion, ni ningun interés particular, somos equitativos, y no tenemos dudas. Un Avaro, que se oculta á sí mismo las reglas de la fe en orden al amor insaciable de las riquezas, vé con claridad las maximas

que

que condenan la ambicion, ó la sensualidad. Un sensual, que procura justificarse las flaquezas de sus inclinaciones, no perdona á las pasiones indignas, y á la infame codicia del Avaro. Un hombre que en nada piensa mas que en la elevacion y en la fortuna, y que mira los continuos artificios que tiene que practicar para conseguir como cuidados serios y sólidos, á los que unicamente tiene por dignos de su nacimiento y de su nombre, conoce toda la indignidad de una vida entregada á las diversiones y placeres, y vé claramente que un hombre de distinguido nacimiento se degrada y afrenta con la ociosidad y la pereza. Una muger, en quien domina la pasion del juego, y que en lo demás hace una vida regular, es inexorable aún en orden á las faltas mas leves que se oponen á una vida arreglada, y siempre está justificando la inocencia de un juego excesivo, oponiéndole á otros desordenes de otra naturaleza, de los que se halla libre. Otra por el contrario, muy pagada de su persona y hermosura, sin pensar mas que en sus deplorables pasiones, mira esta desordenada inclinacion al juego como una especie de frenesí, y no vé en la infamia de sus conexiones mas que una inocente flaqueza, y unos afectos involuntarios, cuyo destino, dice, se halla dentro de nuestro corazon.

Examinad todas las pasiones, y hallareis que veis y condenais todas aquellas de que estais esentos, que conoceis las reglas que las prohiben, y que llegais á ser rigurosos con los proximos acerca de la observancia de aquellas obligaciones que no tienen conexion con vuestras propias flaquezas, y que vuestra severidad pasa aún mas allá de la regla. Los Fariseos, tan instruidos y tan severos acerca del delito de la muger adúltera, y de las penas establecidas por la ley contra el horror de esta infidelidad, no veían su soberbia, su hipocresía, su odio implacable, y la secreta envidia que tenían contra Jesu-Christo; luego las tinieblas solamente están en nuestro pro-

propio corazon, y no empezamos á dudar de nuestras obligaciones hasta que empezamos á amar las maximas que las impugnan. Segunda reflexion.

En tercer lugar: Os persuadis á que el Evangelio no está tan claro como os decimos en orden á la mayor parte de las reglas que nosotros os señalamos; os parece que ponderamos su severidad, y que le interpretamos como queremos: Pues oíd al mismo Evangelio, católicos: Nosotros convenimos desde luego en que entre todas las obligaciones que os impone, solamente creais que os obliga la observancia de aquellas que están señaladas en él con terminos tan claros y precisos, que no admiten equivocacion ni engaño: Nada mas se os pide, y en todo lo restante os damos por libres. Escuchad, pues: *El que no lleva todos los dias su Cruz, y no me sigue, no puede ser mi Discipulo: (a) El que no renuncia de corazon todo quanto posee, y el que no se niega tambien á sí mismo, no debe aspirar á mis promesas. (b) El Reyno de los cielos padece violencia, y solamente los que viven mortificados gozarán de él algun dia. (c) Si no hacéis penitencia, todos perecereis. (d) No es posible servir á Dios y al mundo. (e) Desgraciados los que viven en la alegria, y abundancia, y felices los que lloran, y padecen en la tierra. (f) El que ama á su padre, á su muger, á sus hijos, á sus bienes, á su cuerpo, y á su alma mas que á mí, no es digno de mí. (g) El mundo se regocijará, pero vosotros, Discipulos míos, siempre permanecereis en la tristeza de la fé, y en las lágrimas de la penitencia. (h)*

Ahora bien, católicos, ¿os parece que pretendo yo en-

- (a) Luc. 14. v. 27. (b) Ibid. v. 33. (c) Matth. 11. v. 12. (d) Luc. 13. v. 5. (e) Matt 6. v. 24. (f) Luc 6. v. 25. (g) Luc. 14. v. 26. (h) Joan. 16. v. 20.

engañaros con un exceso de severidad, que añade alguna cosa al Evangelio, ó que quiero induciros á que sigais mis ideas? Yo, Señores, soy un hombre flaco, y tengo necesidad de que conmigo se use tambien de indulgencia, y si hubiera de arreglar la doctrina que os predico por la flaqueza de mi corazón, ¡ah! solamente os hablaría en un estilo de hombre; os diría, que Dios es demasiado bueno para haber de castigar unas inclinaciones que parece nacen con nosotros; que para amar á Dios no es necesario ser enemigo de sí mismo; que los ricos deben gozar de sus riquezas sin privarse de nada; De este modo hablaría yo: (Porque el hombre por sí solo no puede hablar otro idioma que el de la carne y la sangre.) Pero, católicos, ya os lo he preguntado otra vez, ¿en este caso respetaríais mi ministerio? ¿Me tendríais por un Angel bajado del cielo, que quisiera anunciaros un nuevo Evangelio?

El de Jesu Christo acaba de hablaros en otro estilo; yo no os he referido mas que sus mismas divinas palabras: Estas son las obligaciones que os señala en terminos claros y expresos; convengo en que os contengais precisamente dentro de estos limites, y que dejéis todo lo demás como dudoso, ó á lo menos como mandado con terminos menos claros, y que admiten algunas interpretaciones favorables. No conteis entre vuestras obligaciones sino estas reglas santas, é indubitables; nada mas os pedimos, no hagais mas de lo que ellas os mandan, y vereis como aún haceis mas de lo que nosotros os pedimos, y que las maximas mas comunes y familiares del Evangelio exceden infinitamente á nuestros discursos. Tercera reflexion.

Y así, os digo en quarto lugar, que el suscitarse en el mundo tantas dudas acerca de las mas indubitables obligaciones de la piedad christiana, consiste en que el Evangelio es un libro incognito para la mayor parte de los fieles; en que por un deplorable abuso se pasa toda la vida  
en

en adquirir ciencias vanas, frívolas è inútiles al hombre, á su felicidad, y á su eternidad, y no se lee el libro de la ley, en el que está encerrada la ciencia de la eterna salud, la verdad que nos ha de libertar, la luz que nos debe guiar, los títulos de nuestra esperanza, las prendas de nuestra inmortalidad, los consuelos de nuestro destierro, y el socorro de nuestra peregrinacion; consiste en que quando venimos al mundo se tiene gran cuidado de presentarnos los libros que explican las reglas de aquella profesion á que se nos destina; y el libro en que se encierran las reglas de la profesion del Christiano, esta profesion que ha de sobrevivir á todas las demás, la que unicamente es necesaria, la única que nos ha de acompañar en la eternidad: este libro, vuelvo à decir, se entrega al olvido, y no se hace memoria de él en el plan de estudios en que debemos ocupar nuestros primeros años. Consiste finalmente, en que, como niños, divertimos el tiempo en la leccion de historias fabulosas y lascivas, y no nos parece digna ni aún de nuestra curiosidad la historia de las maravillas de Dios, y de las misericordias que ha usado con los hombres, estando llena de sucesos tan grandes, tan serios, y de tanto interes para nosotros, que debiera ser toda la ocupacion y todo el consuelo de nuestra vida.

Despues de esto no me admiro de que tengamos que hacer todos los dias la apología del Evangelio contra los abusos y preocupaciones del mundo; ni de que se nos oyga con la misma admiracion quando anunciamos las mas comunes verdades de la moral christiana, que si predicásemos la fé y los mysterios de aquellos pueblos salvages y remotos, cuyas tierras y costumbres apenas conocemos; ni de que la doctrina de Jesu-Christo halle hoy la misma contradiccion en los espiritus, que halló en el nacimiento de la fé; porque hay algunos Christianos que ignoran hoy el libro de la fé, tanto como le ignoraban entonces los paganos; que apenas saben si vi-

no Jesu-Christo à dar leyes à los hombres; y que no pueden sufrir ni un solo instante, sin molestia, la leccion de este divino libro, cuyas reglas son tan sublimes, sus promesas de tanto consuelo, y cuya hermosura y divina Filosofía tanto admiraban los mismos paganos que abrazaban la fé: Y así, Católicos, leed los libros santos, y leedlos con aquel espíritu de fé, de sumision, y de humildad que pide la Iglesia, y presto sabreis tanto acerca de vuestras obligaciones, y de las reglas de las costumbres, como los mismos Doctores que os enseñan: *Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est (a).*

Y à la verdad, Católicos, os suplico me digais; de qué proviene que los primeros fieles adelantasen tanto la pureza de las costumbres, y la santidad del Christianismo? ¿Se les anunciaron acaso otras máximas distintas de las que nosotros os anunciamos? ¿Se les predicaba otro Evangelio mas claro ni mas exacto que el que os predicamos nosotros? Con todo eso, entonces se predicaba à unas naciones idólatras y disolutas, que habian venido al conocimiento de las verdades de la fé con unas preocupaciones de supersticion, y de la mas infame sensualidad, autorizadas por su mismo culto. Si el Evangelio tuviera en sí la menor obscuridad que fuese favorable à las pasiones, sin duda que aquellos primeros discipulos de la fé debieran haber dudado. ¿Pues de qué proviene que no proponian à los Apostoles ni à sus sucesores las dificultades que continuamente nos estais oponiendo vosotros para defender los abusos del mundo, y los intereses de las pasiones? ¿De qué proviene que teniendo mas preocupaciones y mas inclinacion que nosotros à los deleytes, comprehendieron desde luego aquellos felices fieles hasta qué punto se los debian prohibir para obedecer al Evangelio?

¡Ah Católicos! Consiste en que de dia y de noche

(a) Psalm. 118.

tenian en sus manos el libro de la ley; en que la paciencia y el consuelo de las Escrituras era la más suave ocupacion de su fé; en que las Cartas de los Santos Apostoles, y la relacion de la vida y máximas de Jesu-Christo era la diaria ocupacion de aquellas Iglesias que nacian entonces: En una palabra, en que para el que lee el Evangelio presto está decidido todo lo que mira à las obligaciones. Quarta reflexion.

Finalmente: digo por último. Quando en el Evangelio se hallára aun alguna cosa obscura; no tiene la ley de Dios toda su evidencia en la instruccion, y en el ministerio de la divina palabra? Los púlpitos Christianos os anuncian todos los dias la pureza de las santas máximas; los Pastores las predicán sobre los techos, como dice Jesu-Christo; los Sagrados Directores de las conciencias las confian al oído; los hombres llenos de zelo y de sabiduría las derivan à la posteridad en unas obras dignas de los mejores tiempos de la Iglesia; nunca ha tenido la piedad de los fieles mas socorros; jamás ha tenido menos excusa la ignorancia; no ha habido siglo mas ilustrado, ni en que mejor se conociese el espíritu de la ley, y toda la extension de las obligaciones: ya no vivimos en aquellos siglos de ignorancia, en los que no se conocian las reglas mas que por los abusos que las habian alterado; en que las mas veces el sagrado ministerio no era para los fieles mas que ocasion de error y de escándalo, y en los que bastaba para que el Sacerdoté fuese tenido por docto, el que fuese mas supersticioso que su pueblo.

¡Oh Dios mio! parece que para que tengamos menos excusas se aumenta el conocimiento de la verdad que debe condenarnos, segun va creciendo la malicia de los hombres; segun se van corrompiendo las costumbres, se van tambien manifestando las reglas; segun se va apagando y debilitando la fé, se aclara y purifica; somos semejantes à aquellos fuegos, que al tiempo de apagarse

despiden mayor claridad , y nunca manifiestan mas la fuerza de su resplandor , que quando están para extinguirse.

No quiero decir con esto que no haya aun entre nosotros algunos directores ciegos , y algunos Profetas que anuncian sus propios sueños. Pero este engaño solamente es de temer para aquellos que quieren ser engañados ; si queremos proceder de buena fé , facilmente hallaremos una mano que nos guie por buen camino ; propriamente hablando , no son los falsos directores los que nos engañan , sino nosotros que los buscamos , porque queremos perdernos con ellos ; no son ellos los primeros autores de nuestra perdicion , sino solamente los que la aprueban ; no nos ponen en el camino del error , sino que nos dexan en él ; y quando nosotros vamos à buscar su aprobacion , ya estamos determinados à perecer. Y à la verdad , Católicos , que nosotros mismos conocemos muy bien el peligro , y la imprudencia de la eleccion que hacemos. Quanto mas condesciende con nuestras inclinaciones el oráculo à quien consultamos , mas desconfiamos de su talento ; quanto mas respeta nuestras pasiones , menos respetamos nosotros su ministerio ; y aun muchas veces le tomamos por objeto de nuestras burlas , hacemos befa de una condescendencia à que le hemos obligado ; nos preciamos de haber hallado un protector acomodado à las flaquezas humanas , y con una ceguedad , de la que no se puede hablar sin lágrimas , entregamos nuestra alma y nuestra eterna salud à un hombre à quien no solamente no tenemos por digno de veneracion , pero ni aun de atencion ni de respeto: Nos parecemos à aquellos Israelitas , que un momento despues de haber doblado le rodilla delante del becerro de oro , y haber esperado de él su salud y libertad , le hicieron pedazos con desprecio , y le reduxeron à cenizas.

Pero sobre todo , aun quando la ignorancia ò flaqueza de los Ministros os pudiera servir de ocasion de error,

te-

teneis el desengaño en el exemplo de los Santos. Bien veis qual fue desde el principio el camino de aquellos que han conseguido las promesas , cuya memoria y santos trabajos veneramos en la tierra ; bien conoceis que ninguno de ellos llegó à la salvacion por el camino que os pondera el mundo como tan seguro è inocente ; bien sabeis que todos los Santos han hecho penitencia , han crucificado su carne , y despreciado el mundo con sus deleytes y máximas ; bien sabeis que los siglos , que tan diferentes son entre sí por sus costumbres , nada han mudado en las de los justos ; que los Santos de los primeros tiempos eran parecidos à los de los presentes ; que aun los países que mas se diferencian entre sí por sus costumbres , han producido Santos que todos se han parecido unos à otros ; que los de los climas mas remotos y mas distintos del nuestro se parecian à los de nuestra nacion ; que todos han sido los mismos en todas las tribus , y en todas las lenguas ; finalmente , que han sido diversos sus estados , que unos se salvaron en la obscuridad , otros en la elevacion , unos en la pobreza , otros en la abundancia , unos entre las distracciones de las dignidades y cargos públicos , otros en el silencio y sosiego de la soledad ; en una palabra , unos en el muladar , y otros en el Trono ; pero que la Cruz , la mortificacion , y la abnegacion de sí mismos ha sido el camino comun de todos.

De este modo se santificaron en todos los siglos y en todos los países los Príncipes Religiosos , los Conquistadores Santos , los Cortesanos temerosos del Señor , los Magistrados Christianos , las Virgenes recogidas , las mugeres divididas entre Jesu-Christo y los cuidados del matrimonio , los Solitarios penitentes , los Sacerdotes dedicados al Altar Santo , los Señores y los Esclavos que gozan hoy de la feliz inmortalidad.

¿ Quién sois , pues , vosotros para intentar llegar al cielo por otros caminos , y para persuadiros à que en-

tre

tre tantos ilustres siervos de Dios vivo habeis de ser los unicos privilegiados? ; Dios mio! ; Qué luz nos habeis puesto en la verdad para que no pueda tener excusa el hombre! Su misma conciencia se la está manifestando, vuestra santa ley se la conserva, la voz de la Iglesia se la hace resonar en sus oídos; el exemplo de los Santos se la pone continuamente delante de los ojos; todo se arma contra la culpa; todo se pone de parte de vuestros intereses contra su falsa paz; de todas partes salen rayos de luz que introducen la verdad hasta lo íntimo de su alma; ningún lugar, ningún estado pueden librarle de los divinos rayos que salen de vuestro seno, que le siguen à todas partes, y que al mismo tiempo que le iluminan le despedazan; la verdad que debiera librarle, le hace infeliz; y por no querer amar la luz, se ve precisado à experimentar anticipadamente vuestro justo rigor.

¿Pues en qué consiste, amados oyentes míos, que no triunfe la verdad en vuestro corazón? ; Por qué convertís en una inagotable fuente de crueles remordimientos aquellas luces que debieran ser en vuestro interior el único consuelo de vuestras penas? Dios, usando con vuestra alma de las riquezas de su misericordia, no permite que consigais, como muchos impíos y obstinados, el sofocar esta verdad interior, que continuamente os está llamando al orden y à la obligacion: ; Pues por qué os habeis de volver contra la felicidad de vuestra suerte? ; Por qué habeis de hacer tantos esfuerzos para defenderos contra vosotros mismos? ; Por qué habeis de hacer tantas diligencias para huir de la verdad que habita dentro de vosotros? Conciliad ya vuestro corazón con vuestro entendimiento, vuestra conciencia con vuestras costumbres, à vosotros mismos con la ley de Dios: Este es el único secreto para llegar à aquella paz del corazón que buscáis; à qualquiera parte que os volvais, siempre hallareis que es preciso venir à parar en esto; la observancia de la ley es la ver-

verdadera felicidad del hombre; se engaña el que la mira como yugo pesado, pues solamente ella puede dar la libertad al corazón; todo lo que favorece nuestras pasiones empeora nuestros males, aumenta nuestras inquietudes, multiplica nuestras cadenas, y agrava nuestra servidumbre; solamente la ley de Dios reprimiendolas, nos reduce al buen orden, nos sosiega, nos cura y nos liberta. Este es el destino del hombre pecador; no puede ser feliz en la tierra, sino peleando con sus pasiones, no puede conseguir los verdaderos deleites del corazón, sino mortificandose; pero si lo hace así, conseguirá después aquella eterna paz, que está preparada para los que hubieren amado la ley del Señor. Amen.





## SERMON II. PARA EL DOMINGO

DE PASION.  
SOBRE LA IMMUTABILIDAD  
de la ley de Dios.

¿*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

¿*Si yo os digo la verdad, por qué no me habeis de creer? Joann. 8. v. 46.*

**N**O basta haber vindicado la evidencia de la ley de Dios contra la afectada ignorancia de los pecadores que la quebrantan; es necesario tambien probar su inmutabilidad contra todos los pretextos que parece autorizan al mundo à que se exima de sus santas reglas.

No se contenta Jesu-Christo con anunciar à los Fariseos, que algun dia han de ser juzgados por la misma verdad que conocen; que por mas que se la disimulen à sí mismos, el delito de la verdad conocida y despreciada permanecerá siempre sobre sus cabezas. Primeramente, empieza haciendoles cargo de la evidencia de la ley, para ha-

hacerlos que atiendan à su propia conciencia; despues les acusa de haber tambien querido oponerse à su inmutabilidad, de haber substituido costumbres y tradiciones humanas à la perpetuidad de sus reglas, de que las acomodaban al tiempo, à las circunstancias, y à los intereses, y les declara que no se alterará ni un punto de su ley hasta el fin de los siglos; que se mudarán el cielo y la tierra, pero que su ley y su santa palabra siempre serán las mismas.

Y este, católicos, es el abuso que aún reyna entre nosotros contra la ley de Dios: Os he manifestado, que no obstante las dudas y obscuridades con que nuestros deseos disfrazan nuestras obligaciones, la luz de la ley, superior siempre à nuestras pasiones, disipa à pesar nuestro estas tinieblas, y que nunca procedemos de buena fé acerca de las transgresiones que procuramos justificarnos à nosotros mismos. Pero no contentandonos, como los Fariseos, con obscurecer la evidencia de la ley, nos oponemos tambien, como ellos, à su inmutabilidad; y como si la ley de Dios pudiera mudarse con las costumbres de los siglos, con la diferencia de condiciones, con la necesidad de los tiempos, nos persuadimos à que la podemos acomodar à estas tres circunstancias diferentes, y hallar en ellas pretextos, ò para mitigar su severidad, ó para violar del todo sus preceptos.

Y primeramente; el corazon del hombre es inconstante; en cada siglo se vén nacer entre nosotros nuevos usos; los tiempos y las costumbres deciden siempre de nuestros procederés; pero la ley de Dios es inmutable en toda su duracion; siempre es la misma en todos los tiempos y en todos los lugares; y por razon de este primer estado de inmutabilidad ella sola debe ser la regla constante y perpetua de nuestras costumbres. Primera reflexion.

En segundo lugar; el corazon del hombre es vano; todo lo que nos iguala con los demás hombres, ofende